

MADRID

Ibermúsica

## BRILLO Y REPOSO

**Madrid. Auditorio Nacional.** 12 y 13-IX-2004. Marjana Lipovsek, mezzo; Yves Savary, violonchelo; Dietrich Cramer, viola; Markus Wolf, violín. Orfeo Català y Escolanía de Nuestra Señora del Recuerdo. Bayerisches Staatsorchester. Director: **Zubin Mehta**. Obras de Mahler y Strauss.

Zubin Mehta conoce perfectamente los resortes que animan una obra tan híbrida y dilatada como la *Tercera* mahleriana; no en vano la grabó dos veces —Decca (1978) y Sony (1992)— y la ha tocado en numerosas ocasiones, de la emotiva cita neoyorquina poco después de la muerte de Bernstein (Adagio final) a la más reciente, este mismo verano en el Festival de Múnich. Desde la solemne introducción a cargo de las ocho trompas el maestro de origen hindú, con ayuda de unos *tempi* mesurados, ahormó convincentemente el ciclópeo primer movimiento permitiendo que los solistas de la orquesta de la que es titular desde 1998 mostraran sus excelencias: oboe, fagot, contrafagot, violonchelos y unos portentosos —por homogeneidad y belleza sonora— trombones



(Langsam. Schwer). La delicadeza extrema con que fue expuesto el Minuetto propició el exquisito juego camerístico entre maderas y cuerdas que caracteriza a esta deliciosa y peligrosa página, siempre al borde del “bombón vienés”; los vientos brillaron de nuevo en la fidedigna traducción del clima *Wunderhorn* en el onírico tercer movimiento. Correctos los efectivos corales y estimable la veterana Lipovsek aunque sin alcanzar la altura de

anteriores visitas. En el movimiento final se lograron cotas de emoción y recogimiento insospechadas en el tantas veces superficial Mehta.

Al día siguiente, el monográfico Strauss (*Don Quijote* y *Vida de héroe*) subrayaría aún más las bondades de la víspera. A los muniqueses Mahler les resulta familiar pero con la obra de su paisano Richard Strauss, los músicos cantan realmente en su árbol genealógico. Si en la primera

obra ambos solistas —primeros atriles de la orquesta— demostraron el envidiable nivel musical de la capital bávara en una lectura mesurada, madura y reflexiva del poema sinfónico, tanto aquí como en la magistral *Vida de héroe* la brillante batuta de Mehta, ahora en su salsa, permitió contemplar (pocas obras tan “visuales” como *Don Quijote*) el suntuoso festín de timbres instrumentales que los fabulosos miembros de la centuria muniquesa desgranaron de forma arrolladora.

El otro Strauss, una versión “a lo grande” de esa arrebatadora obra maestra que es la obertura de *El murciélago*, cerró brillantemente la segunda velada. Éxito merecido para un muy notable inicio de ciclo de Ibermúsica.

**Juan Manuel Viana**

Los Siglos de Oro

## EL VIRTUOSO EN EL SALÓN

**Madrid. Escuela Superior de Canto.** 9-X-2004. Edoardo Torbianelli y Tsunako Saito, piano. Obras de Scarlatti-Granados, Guelbenzu, Zabalza, Sánchez Allú, P. Albéniz, Herz, Colomer, Tintorer, Pujol y Ocón.

Parece imposible imaginar un marco más idóneo que el delicioso y recargado teatrillo de la Escuela de Canto madrileña para saborear las delicias del pianismo romántico español elaborado en torno a la época del reinado de Isabel II. Desde los pintoresquistas *Caprichos para piano a cuatro manos* de Pedro Albéniz (1795-1855) —profesor de piano de la reina y de su hermana María Luisa Fernanda— a las dos sonatas de Scarlatti convenientemente “romantizadas” por Granados, el recital de Torbianelli tuvo el enorme valor de desempolvar un repertorio,

en buena parte olvidado, que retrata con absoluta fidelidad las luces y las sombras de un período musical todavía por recuperar.

En las piezas escuchadas hubo lugar para la brillantez a ultranza (*Recuerdos de Andalucía* de Eduardo Ocón), cierta trivialidad impersonal (*Marche exotique* de Colomer, *Los encantos de Madrid* de Henri Herz) y algo reiterativa (*Insouciance* de José Javier Guelbenzu) o un virtuosismo de salón inspirado por los operistas (*Fausto* de Juan Bautista Pujol, *Capricho sobre motivos de “Macbeth”* de Verdi de Martín Sánchez Allú). Pero

también para el encanto melódico (*Vénise* de Blas María Colomer), la indagación de un estilo más personal (primera parte de *Douce rosée* de Pedro Tintorer) y un aroma nacionalista de cuño lisztiano (*Las campanas del Roncal* de Dámaso Zabalza) que sería injusto ignorar.

El joven Edoardo Torbianelli (Trieste, 1970) —conocido sobre todo por un par de espléndidas grabaciones al fortépiano—, resultó el intérprete perfecto para este repertorio frágil y peligroso: musical, delicado y cuidadoso, supo sortear sin aspavientos las innumerables zancadillas digitales que

poblaban los adornadísimos pentagramas; la japonesa Tsunako Saito se le unió en las citadas piezas de Albéniz, sin duda las más ligeras y tópicas de todo la velada. A las virtudes de la interpretación se añadió el atractivo de contar con un piano precioso, un Steinway de la Fundación Hazen Hosseschrueders construido en Nueva York hacia 1875, cuya sonoridad cálida y aterciopelada contribuyó a trasladar al oyente a aquella época en que podía vislumbrarse a Galdós y la Pardo Bazán por la acera de enfrente.

J.M.V.